

SOLEMNE FUNERAL EN SAN FRANCISCO EL GRANDE POR EL CAPITAN GENERAL CARRERO BLANCO

Asistieron el Jefe del Estado y el Príncipe de España, que fueron aclamados por el público congregado frente al templo

"LOS OBISPOS —RECORDO EL CARDENAL ARZOBISPO DE MADRID AL EXALTAR LAS VIRTUDES DEL PRESIDENTE ASESINADO— SOMOS TAMBIEN ESPAÑOLES, AMAMOS A NUESTRA PATRIA CON PASION Y ESTAMOS SIEMPRE DISPUESTOS A SACRIFICARNOS POR ELLA"

MADRID. (De nuestra Redacción.) Con asistencia de Su Excelencia el Jefe del Estado y de Su Alteza Real el Príncipe de España se ofició en la basílica de San Francisco el Grande un solemne funeral concelebrado por el cardenal primado de la Iglesia española, el cardenal arzobispo de Madrid, el arzobispo vicario general castrense y los obispos auxiliares de la archidiócesis madrileña, en sufragio del alma del presidente del Gobierno y capitán general de la Armada, don Luis Carrero Blanco, duque de Carrero Blanco, asesinado el último jueves.

Franco y Don Juan Carlos llegaron en el mismo coche. Revisitaron con el ministro del Ejército y el capitán general de la I Región

Militar, que les recibieron al pie del automóvil, a la compañía de honores del Batallón del Ministerio del Ejército, formada frente al templo con bandera, banda, escuadra y música. Se interpretó el Himno Nacional, y el Caudillo, que vestía uniforme de capitán general, y el Príncipe, que llevaba uniforme de general del Ejército de Tierra, fueron aclamados fervorosamente por el público.

Ceremonias de ritual —«lignum crucis» y agua bendita— en el atrio. Después, entrada bajo palio, cuyas varales portaban religiosos de la comunidad franciscana encargada del culto del templo.

(PASA A LA PAGINA 19)

SOLEMNE FUNERAL EN SAN FRANCISCO EL GRANDE

(VIENE DE LA PAG. 17)

El Generalísimo tomó asiento en un sitial del antepresbiterio. El Príncipe de España, cerca de él, en un lugar destacado. Luego, el Gobierno con su presidente en funciones, don Torcuato Fernández-Miranda, a la cabeza. Enfrente, el Consejo del Reino.

Se hallaban también la viuda y los hijos y otros parientes del capitán general fallecido. Y el duque de Cádiz, jefes de Misiones extranjeras, Tribunal Supremo, Consejo de Estado y otros organismos, así como altos mandos de los tres Ejércitos, consejeros nacionales, procuradores en Cortes, subsecretarios, directores generales, el marqués de Villaverde, el ex ministro de la Monarquía don José de Yanguas Messia y los ex ministros de los Gobiernos del Generalísimo Franco.

El doctor Enrique y Tarancón, cardenal arzobispo de Madrid y presidente de la Conferencia Episcopal Española, pronunció una homilía en la que exaltó las virtudes cristianas y patrióticas del duque de Carreño Blanco, víctima de un odio antihumano y anticristiano sobre todo, y dijo además entre otras cosas:

«Alguien ha escrito que «cuando, siguiendo el mandato de Cristo, nos amamos los unos a los otros, estamos ya participando de los frutos de la resurrección.» ¿Y cómo no reconocer que este amor de los unos a los otros encuentra una de sus expresiones en el amor y el servicio a la Patria? Si, lo diremos abiertamente: el servicio a los demás, particularmente cuando este servicio tiene una responsabilidad comunitaria y nacional, cuando en él se pone recta intención y espíritu de entrega, cuando, sobre todo, se sacrifica en él hasta la propia vida, es no sólo una virtud patriótica, sino también una virtud religiosa, que será recompensada por Dios.

Espero que a nadie le extrañe oírme estas palabras. Yo sé muy bien que nuestra condición de cristianos y de obispos de la Iglesia en nada recorta nuestra condición de miembros de este país que Dios nos dio como campo de vida y de trabajo. Recientemente pude decirlo en el pleno de los obispos españoles y me consta que con su consentimiento: «Todos y cada uno de los obispos de esta Conferencia Episcopal amamos con pasión a la Iglesia y estamos siempre dispuestos a servirla hasta con sacrificio, pero somos también españoles que amamos a nuestra Patria con pasión y estamos siempre dispuestos a sacrificarnos por ella —por su bienestar y por su paz— y estaremos siempre prestos a sacrificarnos por el bien de la Iglesia y de la Patria, a trabajar incansablemente para conseguir la armonía, la concordia, la paz —la auténtica reconciliación— dentro y fuera de la Iglesia.»

Este doble amor —a la fe y a nuestros hermanos— es lo que hoy nos ha reunido. Y ésta es —me parece— la gran lección que hoy podríamos aprender todos y el mejor servicio a la memoria de nuestro hermano muerto. Si su entrega a los demás es la fuente de nuestra esperanza, esa misma esperanza debe ser hoy para quienes estamos aquí un acicate en nuestro amor a los demás. Cuando todo se va, el amor queda. La muerte borra todo, menos lo que hemos amado. Si esta trágica muerte nos descubriera a todos que la preocupación por el bien común, por la grandeza de la nación, por su convivencia pacífica en la justicia, por su elevación y desarrollo en todos los órdenes —eco-

nómico, cultural, político, religioso—, son tareas que a todos nos incumben como españoles y también como cristianos, habríamos logrado que ésta fuera una hora de fecundidad y no sólo de llanto.

Y permítidme ahora que concluya con un recuerdo personal que me conmueve especialmente. No creo que sea revelar ningún secreto si digo que, hace algo menos de un año, en una de las cartas que tuve la fortuna de cruzarme con el almirante Carrero Blanco, él escribió una frase que estimo es hoy su mejor elogio: «Ha de saber, señor cardenal —me decía— que para mí es más importante ser hijo de la Iglesia que ser vicepresidente del Gobierno.»

Es a este hijo a quien la Iglesia recibe hoy y le devuelve lo único que la Iglesia tiene: su oración. Su oración y la esperanza, la certeza, de que su entrega a los demás no fue balda.

Es a esta esperanza a la que os invito a todos. Es en esta serena oración en la que os pido me acompañéis.»

Su Excelencia y Su Alteza Real fueron nuevamente aclamados en la plaza de San Francisco por la muchedumbre al retirarse del templo.